

# Los trabajadores independientes en Chile: la opción de los excluidos (1970-1990)

Francisca Márquez B.

SUR, Programa de Investigación de la Microempresa

## URBANIZACIÓN, SUBEMPLEO Y POBREZA EN LAS GRANDES CIUDADES: NACE EL LLAMADO SECTOR INFORMAL

El decenio de los cincuenta marca para algunas ciudades latinoamericanas el inicio de un proceso acelerado de urbanización y la llegada de hombres y mujeres del campo, escasamente calificados, en busca de trabajo.

Hacia principio de la década, la mayoría de los inmigrantes rurales se asentaba en el centro de las grandes ciudades, donde muchos de ellos encontraban trabajo gracias a una estructura industrial urbana en plena expansión. Sin embargo, la corriente migratoria se transformó en un torrente, que rápidamente colmó la capacidad de absorción de los barrios centrales, y se produjo un rebalse hacia el cinturón periférico de la urbe (Jurgen et al. 1987).

En el aspecto ocupacional se desarrolló un proceso similar: el mercado de trabajo industrial no logró mantener un ritmo de expansión suficiente-mente alto para absorber la creciente demanda de trabajo. A principios de la década de los sesenta, Prebisch (1963) constataba que la población trans-

ferida del campo a las ciudades no se integraba a la vida urbana "y vegeta en toda gama de servicios (no calificados), de muy precarios ingresos con lapsos de franca desocupación."

La utilización de mano de obra calificada por parte de la industria y los servicios complementarios a ésta, y una capacidad de absorción de mano de obra menor que el incremento de la oferta de trabajo, explicaban, según Prebisch, la insuficiente absorción de trabajadores migrantes por parte de la economía urbana.

Nace así el concepto de heterogeneidad estructural, definida como una situación caracterizada por grandes diferencias de productividad y de modernidad entre los sectores de actividad económica, así como por complejas relaciones de intercambio, de poder y de dependencia al interior de una estructura socioeconómica nacional. Se constata así la coexistencia, al interior de un país, de dos estructuras, una moderna y la otra tradicional ("primitiva", al decir de aquellos tiempos), con escasos intercambios o influencia recíproca.

Una década más tarde, la exclusión por parte de los migrantes de la industria naciente continuaba mostrando que la única alternativa posible era la autocreación de empleo. "Las unidades económi-

cas así creadas tuvieron que estar signadas, en su mayoría, por la precariedad de los medios con que contaban. Como tampoco podía ser de otra manera, las ocupaciones que inventaron fueron aquellas que estaban más fácilmente a su alcance, es decir las que no necesitaban para su creación mucho capital." (Franco 1989). Todas ellas —ocupaciones manuales no calificadas y devaluadas por el mercado laboral urbano, así como artesanías tradicionales y modernas—, tenían como denominador común la falta de seguridad social y económica.

A inicios de los setenta, comenzó a gestarse una explicación alternativa a las concepciones modernizantes y dependentistas de las economías tercermundistas. Surgió el término sector informal, referido al conjunto de ocupaciones urbanas que permiten la supervivencia de trabajadores que no logran insertarse en las empresas calificadas como "modernas". Este enfoque, basado en sus inicios en una concepción dualista de la estructura económica y de los mercados laborales, evidenciaba una perspectiva optimista de las posibilidades de desarrollo de nuestros países. Las actividades del sector informal mostraban un dinamismo que le permitiría con el tiempo asimilarse progresivamente al sector "moderno" (Cartaya 1987).

El sector informal urbano es visualizado así como un conjunto de actividades y organizaciones de los sectores urbanos subalternos que no logran establecer lazos —a través de un empleo formal— con las empresas capitalistas y los tradicionales aparatos del Estado. Estas actividades establecen circuitos relativamente estables de producción y de distribución, utilizando tecnologías intensivas en mano de obra y disponiendo de ningún o poco capital y seguridad social (Urmeneta 1988).

La formulación del concepto de sector informal involucró no sólo un cambio de nomenclatura respecto de la dualidad moderno-tradicional, sino también una revalorización de las "actividades no formales" o "no modernas". No sólo se comenzó a ver a aquellos sujetos de la llamada economía informal como actores emprendedores, sino también se comprobó que la combinación de factores por ellos utilizada era más eficiente que la usada en el sector moderno para producir el mismo tipo de bienes. Asimismo, se observó que algunas de las

carencias de este sector no provenían necesariamente de ellos mismos, sino de carencias a nivel de programas implementados para apoyar al sector moderno (Pérez et al. 1993).

Actualmente se observa un paulatino abandono de la conceptualización propia del sector informal, para dar paso a una terminología que busca dar cuenta más del potencial y desarrollo de las actividades del sector. Así es como toma fuerza la terminología de pequeña producción, microempresa, producción artesanal, trabajadores independientes. El eje central sigue siendo, sin duda, la estrategia de desarrollo, pero a ella se incorpora la preocupación por la promoción del desarrollo productivo de las unidades que participan en este sector; esta vez, sin necesariamente esperar que sean las actividades modernas las que faciliten su integración definitiva al desarrollo.

En síntesis, aun cuando la realidad de estos trabajadores constituye una problemática vigente, el esfuerzo comprensivo ya no busca ser meramente estructural, sino de aprehensión de aquellos espacios donde se expresan las tensiones de sus prácticas económicas y sociales. El énfasis se centrará en la comprensión de estas prácticas desde sus tensiones y contradicciones: de una parte, ellas podrán aparecer como dependientes, sumisas y dominadas; y de otra, en tanto espacios donde la articulación de voluntades es posible. De ahí que, bajo ciertas condiciones, estas prácticas puedan llegar a constituir espacios de organización y de articulación de prácticas sociales, así como de concientización y radicalización (Urmeneta 1988).

## LA CAIDA DEL TRABAJO ASALARIADO Y PRESENCIA DEL SECTOR INFORMAL EN CHILE

En Chile, desde principio de los años setenta hasta fines de los ochenta, es posible observar un proceso constante de desalarización, acompañado por un inmenso contingente de población que queda excluida del mercado laboral formal. La progresiva integración de la fuerza de trabajo a las relaciones salariales que se había observado hasta

1973 fue revertida, dando lugar a la caída de los trabajos asalariados y al aumento de los trabajos independientes. Se derrumbaban así las ilusiones de una estructura socio-ocupacional tendiente hacia una sociedad en desarrollo (Tironi 1987).

CUADRO 1.  
FUERZA DE TRABAJO (NO AGRÍCOLA)

AÑO	INDEPENDIENTES	ASALARIADOS	EXCLUIDOS (*)
1971	33	53	14
1980	30	45	25
1982	26	38	36
1984	29	37	34

(\*) Incluye desocupados, subempleados y ocupados en el sector informal.

Fuente: INE, en Tironi (1987).

La tasa promedio de desocupación real desde 1974 a 1980 se situó en torno a 17 por ciento de la fuerza de trabajo, contra 4,1 por ciento entre 1950 y 1959, 6,5 por ciento entre 1960 y 1969 y 4,4 por ciento en el período 1970-73. Fue este salto en la cifras de desempleados una de las transformaciones fundamentales experimentadas por la estructura ocupacional chilena en la última década (Martínez & Tironi 1985).

Dos tendencias gruesas pudieron observarse al interior de la estructura ocupacional chilena a partir de la década del setenta: la mayor rapidez en la disminución de la población activa localizada en la agricultura y el espectacular aumento de la población activa localizada en el sector terciario (comercio y servicio).

Junto a estos cambios, se redujo la capacidad de absorción de fuerza de trabajo en sectores de alta productividad como la minería, la industria y la construcción: mientras la primera reducía en 30 por ciento su participación relativa en la PEA, la segunda lo hacía en 2 por ciento y la construcción en 20 por ciento. Estas últimas actividades, por otra parte, mostraban una elevada incidencia en el total de la desocupación nacional (17,5 por ciento la industria y 9,2 por ciento la construcción) (Martínez & Tironi 1985).

Estimaciones sobre el sector informal daban para el caso chileno cifras del orden del 18 por ciento de la PEA urbana en las décadas del sesenta y setenta. En 1976 su tamaño se habría incrementado hasta 33,5 por ciento de la PEA y en 1982 a 52,2 por ciento (Velásquez 1987).

A pesar de que estas cifras no son perfectamente comparables, la tendencia muestra una gran expansión del empleo informal en la década del setenta, que llegó a su mayor nivel durante el año clave de la crisis económica (1982). Luego se fue reduciendo, pero permanece aún hoy día a niveles superiores a los de la década de 1960 (Schkolnik 1989).

Para 1993, según Mideplan, en Chile el 40 por ciento de la fuerza de trabajo formaría parte del sector informal. La Encuesta de Empleo del PET de 1991 establece que, en Santiago, el 21,8 por ciento de los ocupados corresponde a este sector. La disparidad de cifras no sólo es significativa de la dificultad de medición del fenómeno, sino también de la dificultad de llegar a un consenso respecto a la categorías ocupacionales que se incorporan en el sector.

## TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA DEL SECTOR INFORMAL

La economía informal incorpora en su universo el trabajo por cuenta propia (TCP) de innumerables trabajadores independientes que producen bienes, prestan servicios o comercializan en pequeña escala, en las casas, calles, plazas, medios de locomoción colectiva, ferias populares, etc. Habría unos cuatrocientos "oficios" distintos ejercidos informalmente (Razeto 1993).

Entre los trabajadores independientes, podemos distinguir al pequeño productor (dueño de sus medios de producción) que tradicionalmente ha ejercido su oficio de manera autónoma y solitaria. Son ellos —trabajadores independientes por tradición (sastres, modistas, artesanos, zapateros)— los que mayoritariamente han optado por esta modalidad de trabajo.

Encontramos también aquellos trabajadores que han perdido el acceso a los recursos producti-



vos y el control sobre su producción, pero que no están integrados (o subordinados) a alguna forma de producción capitalista; son los cesantes temporales que entran y salen, pero para quienes el ser independiente se ofrece generalmente como alternativa temporal.

Por último, están aquellos para los que difícilmente el mercado laboral formal podría llegar a abrirse, en especial los mayores de 55 años, principalmente mujeres.<sup>1</sup>

La pobreza parece ser un rasgo que acompaña constantemente al TCP. El 20,05 por ciento de los hogares cuyo jefe de hogar es TCP se encuentra en un nivel de ingresos de indigencia; 19,39 por ciento en un nivel de pobreza y 14,66 por ciento en un nivel de ingresos no pobre. Asimismo, existe una gran dispersión de ingresos entre los TCP; lavanderas y taxistas representan los dos extremos de un continuum de ingresos. Un rasgo común para la mayor parte de ellos (69 por ciento) es el no estar afiliado a previsión alguna.

Según Prealc, los TCP integraban para 1967 el 54 por ciento del sector informal. Entre 1967 y 1977 los principales aumentos se producían en las ocupaciones de comerciantes, guardianes, zapateros, ebanistas, mecánicos y gasfiteros, que a su vez registraban ingresos inferiores al promedio de los cuenta propia y, en la mayoría de ellos, ingresos aun inferiores al salario mínimo.

La tendencia, sin embargo, entre 1960 y 1970 fue la disminución (21 a 17 por ciento) de la participación de los TCP al interior de la actividad

industrial en Chile, y el aumento de su participación al interior de los servicios y la construcción.

La participación de la industria en el empleo TCP es probablemente más reducida aún de lo que indican las cifras. Si se entiende por industria una actividad económica que comprende todo el ciclo económico, desde la compra de insumos hasta la venta de los productos, una serie de actividades por cuenta propia incluidas en la categoría industria no son estrictamente industriales sino de servicios (rama calzado y vestuario, maquinaria y material de transporte). En consecuencia, los TCP propiamente industriales no deben ser actualmente más de 10 o 15 por ciento del total de TCP. El sector servicios, en cambio, estaría subestimado en algunos censos.

En la década del setenta al ochenta, entre los estratos inferiores, medios y altos se hizo más pronunciada la tendencia al aumento de los trabajadores por cuenta propia y familiares no remunerados, mientras el sector asalariado continuó disminuyendo. Entre los estratos medios y altos las ocupaciones de cuenta propia en el comercio, oficinistas y vendedores aumentaron significativamente,<sup>2</sup> mientras que en los estratos inferiores fueron las ocupaciones terciarias (Martínez & Tironi 1985).

La información más reciente respecto a trabajadores por cuenta propia (Pérez et al. 1993) muestra que este segmento aglutina a 18,7 por ciento de la fuerza de trabajo ocupada en Chile. Sin embargo, constata a partir de 1988 una significativa reducción en la participación de los TCP en la fuerza de trabajo ocupada y un gran aumento de los asalariados del sector de la microempresa. Los TCP del Gran Santiago habrían pasado de constituir un 20,6 por ciento de los ocupados en 1988, a un 16,2 por ciento en 1989, y un 11,6 por ciento en 1991.

1. En un estudio de Prealc sobre TCP (1980), de las 81 personas entrevistadas, un poco más de la mitad cambió por motivos voluntarios. La situación es muy diferente según oficios: 80 por ciento de los mecánicos, 60 por ciento de sastres/modistas y gasfiteros, un poco menos de la mitad de los taxistas y 15 por ciento de los vendedores ambulantes dejaron su ocupación voluntariamente. En los primeros oficios, el cambio es considerado como ascenso; en los últimos, como descenso social. Entre aquellos que hace seis o más años cambiaron a la actual ocupación, 75 por ciento lo hizo voluntariamente. Y aproximadamente 25 por ciento de los que en 1980 eran TCP serían "productos" de la situación coyuntural, es decir, de las altas tasas de desempleo. En realidad, concluye el estudio, muchas veces el despido es tomado como oportunidad para realizar el paso ya desde mucho tiempo planificado hacia el trabajo independiente.

2. Prealc (1980) señala al respecto: "Se observó un fenómeno muy interesante de la transferencia de capital entre bienes de consumo y de producción. Este se refuerza en una situación recesiva de alta desocupación incluso entre los sectores medios de la población. Hay, por ejemplo, personas que al quedarse cesantes venden su casa, compran una casa más pequeña y con la diferencia compran un taxi o instalan un negocio." (p. 21).

## TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA: ¿REFUGIO DE MARGINALES?

La idea de que el trabajo por cuenta propia continuaría siendo trabajo de pobres, refugio de marginales, colchón de desocupados, constituye hoy día una debate no del todo resuelto. Trabajador emprendedor o cesante sin alternativa, la verdad es que las actividades a pequeña escala no constituyen sólo formas transitorias de subsistencia de los segmentos más pobres de la población. Esta concepción, heredera de una visión desarrollista, va quedando atrás a medida que se hace evidente que ese comportamiento no es extensible al conjunto de actividades en pequeña escala. Buena parte de ellas, lejos de desaparecer con el auge, permanecen vigentes (Pérez et al. 1993).

Hace más de una década, Prealc postulaba, a modo de hipótesis, que en una situación recesiva y de alto desempleo, como sucedió a principio de los ochenta, habrían aumentado todos los sectores de TCP de fácil entrada –sin requisito de capital y calificación–, absorbiendo la mano de obra expulsada por el sector formal. Algo similar constata el PET una década más tarde (1993): señala cómo en periodos de crisis existiría un conjunto de ocupaciones por cuenta propia con escasas barreras a la entrada, pero que a medida que la economía va repuntando disminuirían su significación, por la emigración hacia mejores empleos. Sin embargo, para periodos de crecimiento de la economía, ambos estudios –a partir de la observación de dos momentos diferentes– apuntan a conclusiones diferentes.

Según Prealc, en la situación específica de 1970-72 (caracterizada por una redistribución de los ingresos) habrían prosperado los TCP que producirían para el consumo popular. Así, en coyunturas expansivas de la economía se podría observar un aumento de TCP en actividades de alta dificultad de entrada, es decir, de trabajadores con algo de capital y calificación en algún oficio. Este aumento se posibilitaría gracias a la expansión de los mercados.

Veinte años más tarde, en una situación de crecimiento progresivo, como ha sido el caso a partir de 1989, el PET observa una disminución de

los TCP y un aumento de los asalariados al interior de las microempresas. El mismo estudio indica que permanecerían las ocupaciones más rentables; pero, por otra parte, es probable que exista una suerte de “núcleo duro” de TCP que albergue a quienes tienen pocas oportunidades de encontrar un empleo remunerado en otro sector, por sus bajas calificaciones o razones vinculadas al sexo y la edad. Según este estudio, es presumible que permanezcan quienes tienen serias dificultades para encontrar alternativas más atractivas de trabajo, es decir, mujeres en las categorías de mayor edad, y en general el tramo de mayores de 55 años (Pérez et al. 1993).

En efecto, entre los TCP se constata actualmente una evidente alza de la participación femenina. La hipótesis apunta a que las mujeres tendrían más dificultades para emigrar de este tipo de ocupaciones, ya sea porque no tienen las calificaciones adecuadas o por razones ligadas al género (ejemplo: la mayor facilidad para ajustar sus horarios de trabajo al desempeñar labores por cuenta propia).

Creemos, sin embargo, que sin negar lo anterior, no puede entenderse la persistencia del trabajo por cuenta propia en periodos de expansión económica como simple permanencia de un núcleo duro carente de otras oportunidades laborales. De hecho, se admite que existiría un porcentaje variable de trabajadores que permanecería como independiente por ser ésta una actividad rentable y, para muchos, un oficio que han ejercido tradicionalmente, generación tras generación.

Aunque carecemos de antecedentes respecto a cuántos serían estos voluntarios al trabajo por cuenta propia, en lo que sigue de este trabajo indagaremos en aquellas razones que el TCP posee para integrarse y/o permanecer en este sector aun en periodos expansivos de la economía.

## RAZONES Y SINRAZONES PARA TRANSFORMARSE EN UN TRABAJADOR POR CUENTA PROPIA

Hay varios factores que pueden llegar a hacer del TCP una alternativa atractiva de empleo para ciertos sectores de la población. La supresión de barreras institucionales, en especial gremiales, no debe

ser olvidada como uno de los factores que tenderon a favorecer, a fines de los setenta, la entrada de un gran número de trabajadores al sector de los cuenta propia. Una serie de gremios vieron disminuidas sus atribuciones por el DL N° 1532/76 que derogó la obligación de estar al día en las cuotas de las asociaciones para obtener patentes o permisos. Esta medida debilitó mucho a los gremios y redujo significativamente el número de asociados, favoreciendo simultáneamente la entrada de un gran número de trabajadores al oficio. Los taxistas constituyen un buen ejemplo de la desarticulación sufrida por los gremios a fines de los setenta.

Por otra parte, si bien el ingreso de los trabajadores independientes estaría dado, según el clásico estudio de Prealc (1980), por recursos tales como capital, calificación, condicionamientos institucionales y de clase, es evidente que estos factores en sí mismos no son suficientes. El acceso y buen dominio del trabajo por cuenta propia no se consigue sino tras un largo trayecto de aprendizaje, no sólo del oficio sino también de aquellos contactos (capital social) y códigos (capital cultural) imperantes en el medio. Son estos códigos los que acercan al dominio del oficio y, por ende, a la (re)construcción de una identidad propia. Ello unido a requisitos tales como el capital y la calificación son los que finalmente permiten hacer efectiva la voluntad de transformarse en un trabajador independiente.

Comerciantes, taxistas, sastres, modistas, artesanos, peluqueros y mecánicos, evidentemente deberán recorrer trayectorias distintas hasta llegar a acumular los recursos (capitales) necesarios al ejercicio como trabajador independiente. Para muchos, el trayecto obligado y previo puede ser el trabajo asalariado; para otros, el taller de algún familiar; para otros la calle, la simple práctica. Lo que es cierto es que el trabajador independiente rara vez adquiere su oficio a partir de cursos, de formalidades académicas.

Entre los factores que dicen más relación con una cierta racionalidad económica propia a estos sectores, debe considerarse el hecho de que la actividad económica de los TCP aparece fuertemente integrada a su economía familiar; producción y consumo son inseparables, lo que abarata

los costos y ofrece una serie de ventajas adicionales. Además, ello da oportunidades secundarias de empleo para personas que de otra forma no se integrarían a la fuerza de trabajo.

La lógica a partir de la cual los TCP enfrentan su quehacer laboral difiere sustantivamente de la lógica operante en una empresa capitalista. Entre los TCP tiende a primar una racionalidad de la subsistencia por sobre la racionalidad de la acumulación. Mientras que en las primeras se produce un bien o un servicio con el fin de intercambiarlo por otros bienes y servicios que satisfagan las necesidades del consumo familiar, la racionalidad capitalista busca invertir para recuperar la inversión y además obtener una ganancia.

En otras palabras, no existiría "acumulación" entre los TCP, sino, en el mejor de los casos, una expansión de su actividad económica. El TCP no invierte para recuperar su dinero, sino para crear una base de subsistencia familiar. En pocos casos los TCP consiguen aumentar significativamente sus bienes de capital. Sus ingresos dependen básicamente de la inversión inicial, la que se acumula generalmente en un trabajo asalariado anterior.

En los pequeños almacenes de zonas periféricas los comerciantes consumen en gran parte mercaderías retiradas del negocio. Su criterio de comportamiento económico es mantener constante su volumen de mercadería en stock. Si éste baja, es un indicio de que retiran demasiado y que tienen que reducir su consumo. Si sube, significa que el negocio marcha bien; en este caso aumentan su consumo familiar, en vez de acumular sus excedentes con el fin de expandir el negocio.

Ser TCP no necesariamente supone una total independencia del proceso productivo capitalista. En todos los oficios existe esa relación de dependencia, especialmente entre los obreros de la construcción<sup>3</sup> y las costureras. El caso de las costureras a máquina constituye un tipo de dependencia común en los sectores poblacionales. Las fábricas de confecciones mandan a hacer partes del proceso

3. Véase en el clásico estudio de Larissa Lomnitz (1987), la historia del maestro Juan González y su red en torno al oficio de la construcción.



productivo en casas particulares, evitando así establecer relaciones contractuales fijas y prestaciones sociales con la trabajadora. Si bien esta costumbre puede ganar lo mismo que una asalariada, ella carecerá de seguro social. Esta forma de trabajo permite así a las empresas amortiguar las fluctuaciones de la demanda.

La dependencia de una empresa o de un subcontratista no es, sin embargo, necesariamente consecuencia del despojo de recursos productivos del trabajador. En la mayoría de los casos, los TCP semiasalariados tienen algún capital, sea una máquina de coser, un auto, equipos de taller o instalaciones en ferias. Muchas veces el motivo principal para ponerse en una situación de dependencia es la mayor continuidad y estabilidad de la demanda. Para todos los casos, la concreción de la plena independencia requerirá de una mayor trayectoria, más capital y conocimientos.

#### **CAMINOS INDIVIDUALES Y COLECTIVOS ENTRE LOS TRABAJADORES POR CUENTA PROPIA: LA CONSTRUCCION DE UNA IDENTIDAD**

Es en los periodos de crisis donde el sector de los TCP ha visto engrosar mayoritariamente sus filas. Las respuestas desplegadas por estos excluidos del sistema (cesantes en su mayoría) a estas sucesivas crisis económicas se han caracterizado por su heterogeneidad. Ellas van desde la vía del trabajo solitario vinculado estrechamente a una estrategia familiar, pasando por aquellos que combinaron su trabajo con actividades de tipo comunitario (comprando juntos, ollas comunes y organizaciones de sobrevivencia económica), hasta los que se integraron a organizaciones reivindicativas.

Los primeros se acercan de alguna manera a la figura reconstituida por Hernando de Soto: trabajadores que, frente a un Estado ausente, se ven obligados a abrirse camino por medio del aprendizaje y despliegue de una serie de capacidades de tipo empresarial en una economía de mercado que les es adversa. Muchos de ellos tuvieron acceso a esta alternativa de trabajo desplegando todos los recursos cercanos, con los tradicionales lazos de

parentesco, vecindad, amistad y compadrazgo como base de su estrategia. Otros, simplemente, ejercieron sus oficios de manera solitaria y silenciosa, haciendo lo que sus padres y abuelos hicieron siempre.

Para otros, sin embargo, después de varios intentos infructuosos de búsqueda individual, la organización colectiva se transformó en una alternativa para enfrentar la crisis económica. Ello implicó, sin duda, reconocer una situación de degradación: la organización colectiva fue asumida en muchos casos como una inserción temporal que se deseaba superar. Fueron las mujeres las que se mostraron más abiertas a asumir el camino de autoayuda.

Para otros, en especial hombres, la ruptura con el empleo formal y la cesantía prolongada se tradujeron en una desesperada búsqueda de ocupaciones individuales, muchas veces inestables (los pololos) y/o a formas de organización como las bolsas de cesantes o los sindicatos de trabajadores independientes, opciones evidentemente más próximas a su empleo u oficio previo.

En 1979, el DL N° 2.756 estableció la posibilidad de conformar sindicatos de trabajadores independientes, es decir, de trabajadores que no dependían de empleador alguno. En el marco de esta nueva legalidad laboral surgieron, aunque en forma limitada y sólo después del agotamiento de los comités de cesantes, algunos sindicatos de trabajadores independientes. Estos agruparon principalmente a trabajadores por cuenta propia, suplementeros, feriantes y a eventuales de la construcción. Surgieron así numerosas organizaciones de este tipo, que al igual que el movimiento obrero, asumieron un carácter federativo y territorial (Ramírez 1988).

Las acciones desplegadas estuvieron, sin embargo, marcadas por fuertes reivindicaciones hacia la recuperación del espacio perdido en tanto asalariado. De hecho, 52 por ciento de los TCP que integraban la Confederación Solidaridad y Trabajo habían poseído anteriormente una ocupación formal en empresas públicas, en la producción textil, de mantención y montaje industrial y en ramas de cuero y calzado y la construcción. Hacia mediados de los ochenta, la mayor parte de ellos

había derivado a ocupaciones en el comercio, la construcción y los servicios, según la tendencia de toda la estructura ocupacional chilena.

Lo anterior explica en parte que, a pesar de estos procesos de exclusión ocupacional observados durante las décadas de los setenta y ochenta, entre los pobladores habría persistido una identidad social marcadamente obrera, según se concluye de un estudio sobre las representaciones sociales entre los pobladores de Santiago. Esta opción habría sido aun más fuerte entre los desocupados y los adscritos a los programas de subsidio a la cesantía (PEM y POJH). En este sentido, la "identidad obrera" no reflejaba la experiencia o situación ocupacional de los pobladores, sino el anhelo generalizado de vuelta e integración económica según la pauta del modelo industrial.

El sector fabril y la condición de asalariado, por ejemplo, continuaron constituyendo, por lo menos hasta fines de los ochenta, para una parte de los pobladores, el horizonte ocupacional preferido y los elementos constituyentes de su identidad (Tironi 1987). Así se entiende que aquellos TCP que se incorporaron a los sindicatos, aun cuando pasaban de la iniciativa individual de buscar trabajo a la actuación conjunta para obtenerlo, tuvieron como principal objetivo la capacitación y la obtención de información para reinserirse en las empresas. El rol de trabajadores asalariados que tenían con anterioridad marcó a la organización tanto en su estructura organizacional como en sus búsquedas y reivindicaciones.

Entre la década de los ochenta y los noventa, sin embargo, la situación de la economía nacional cambió. En este período, junto a un incremento del empleo de 9,9 por ciento, se apreció una evolución positiva de los empleos formales y una disminución de los empleos informales, que abarcan actualmente a 21,8 por ciento de los ocupados. En el sector informal, 55,2 por ciento son trabajadores por cuenta propia, concentrando el comercio, los servicios personales y de reparación el 70 por ciento de los trabajadores informales.

Aun cuando la tendencia de los últimos tiempos ha sido una leve disminución de los TCP y las acciones reivindicativas se han debilitado notoriamente, es posible observar una alta estabilidad del

sector en el trabajo como independientes. Según una encuesta del PET (1991), el 63 por ciento de los que trabajan como TCP tienen una trayectoria superior a los 24 meses, contra el 57,1 por ciento en el sector formal.

En términos de representaciones sociales del TCP, el 68,8 por ciento no desea ser asalariado. Las razones dadas son el bajo nivel de salarios del sector formal, la falta de independencia y la actual libertad de horario. La situación prácticamente es la misma para hombres y mujeres.

Es significativo que sean los trabajadores no calificados los que, en un 62 por ciento, prefieren el sector informal por los bajos salarios pagados en el sector asalariado. Interesante es también observar que la preferencia por el autoempleo se manifiesta aun cuando los niveles de ingreso resultan menores que los salarios. Así, prefiere el autoempleo 64,1 por ciento de los que obtienen ingresos entre 22.000 y 35.000 pesos, y 80 por ciento de los que obtienen entre 35.000 y 50.000 pesos (Razeto 1993).

## A MODO DE CONCLUSIONES

Algo habría cambiado al interior de los TCP; las viejas nostalgias por el trabajo asalariado parecen haberse esfumado. Probablemente algunos pudieron volver a ser asalariados, no necesariamente de las viejas fábricas, sino de las hoy llamadas microempresas, o simplemente talleres. Posiblemente otros pocos han emprendido sus propias empresas, y figuran en las estadísticas como empleadores.

Lo que sí parece cierto es que ser independiente se levanta como una alternativa para muchos que han quedado al margen de esta llamada modernidad, la que exige calificación, excelencia, calidad y educación. Para ellos, indudablemente el trabajo por cuenta propia constituye el resquicio, el espacio para escapar a las exigencias de una modernidad que excluye a los no aptos.

Para otros, sin embargo, el trabajo independiente se revela como una opción y modo de vida diferente, donde la autonomía y la capacidad creativa exigen ser desplegadas con fuerza para sobrevivir.



Sin duda que los TCP de hoy no son los mismos que los de años en crisis, no sólo porque algunos ya no están, sino principalmente por la revalorización del trabajo por cuenta propia y el predominio del trabajo solitario. Atrás quedaron las bolsas de cesantes, organizaciones reivindicativas y sindicatos de trabajadores independientes.

Habría que preguntarse si en este rescate y valorización de la propia autonomía, a veces incondicional al monto de los ingresos, no se descubre una cierta marca de nuestros tiempos, donde el ser empresario –aunque la empresa sea uno mismo– es mejor visto que ser empleado de un empleador.

Habría que preguntarse también si para aquel sector de los TCP que ha optado por esta vía –y no aquéllos para los cuales no quedó otra–, conceptos tan de moda como innovación, creatividad, agilidad, vinculados fuertemente a la ansiada modernidad, han permeado de algún modo esta representación social de sí mismo. ¿Recoge este sector la figura de De Soto, en el sentido de constituir un sector que habría aprendido a olvidarse del Estado, porque la iniciativa privada habría demostrado ser más eficiente y ágil ante las exigencias de estos tiempos? ¿Corresponde este sector a aquellos que aprendieron a ser “modernos”, a ser “empresarios” a fuerza de esfuerzo?

Una segunda lectura es pensar simplemente, que este sector está conformado por trabajadores que han hecho de esta modalidad de trabajo un modo de vida, y ya no imaginan otro.

Otra lectura es aquella que ve en esta opción un proyecto u opción de vida de aquellos que se descolgaron de la modernidad para buscar vías alternativas de desarrollo. Desde esta perspectiva, el trabajo no asalariado –aun cuando habría constituido en un primer momento la consecuencia de la implementación de un modelo que no daba cabida a los más pobres– se levantaría como una alternativa en términos de rescate y revalorización de la autogestión, apuntando así a un proyecto de desarrollo en el que el trabajo alienado y carente de sentido no tendría espacio.

Entre estas lecturas, muchas otras son posibles.

Sin embargo, es evidente que la problemática del trabajo por cuenta propia nos obliga a interrogarnos no sólo por los medios para hacer frente a la miseria que deriva de ella, sino también respecto a cómo reemplazar el espacio que el trabajo asalariado ocupa al interior de nuestra sociedad. Es en este esfuerzo por repensar alternativas que ciertos rasgos propios del trabajo por cuenta propia adquieren vigencia y fuerza: la reconquista de la autonomía y la creatividad, la simplicidad en la organización del trabajo, el oficio y la participación.

La (re)creación de espacios de autonomía en la vida social y al interior del trabajo es una constante de la literatura que analiza la crisis existente en las sociedades modernas. Va desde André Gorz, que propone la reducción progresiva y generalizada del tiempo de trabajo, de manera que cada uno pueda continuar siendo ciudadano, pero también realizarse en las actividades autónomas; hasta Michel Crozier, que propone hacer de la empresa un espacio donde cada trabajador tenga derecho a la autonomía en la gestión y realización de su trabajo. Siendo ambas miradas difícilmente asimilables a nuestra realidad, ellas aciertan en la constatación de un cierto malestar de la sociedad frente al modo de producir y trabajar. Si la autonomía vuelve a la escena laboral y adquiere valor en tanto reactivadora de la creatividad y la innovación, es porque la pérdida de salarios y el progresivo debilitamiento del Estado y de la figura de la autoridad patronal han hecho renacer espacios obligados de trabajo autónomo.

Sin embargo, y para concluir, no se trata sólo de saber –y alegrarse si ello así resultara– si el individuo logra realizarse al interior de su trabajo autónomo, estableciendo relaciones de convivialidad con su entorno y reencontrando la calidad de un modo de vida; se trata también de saber, y de manera urgente, si los trabajadores por cuenta propia podrán escapar a la miseria y a la condición de excluidos de un sistema que cada vez los requiere menos (Márquez 1993).

## BIBLIOGRAFIA

- Cartaya, Vanessa  
1987 "El confuso mundo del sector informal". *Nueva Sociedad* 90 (Julio-Agosto).
- Franco, César  
1989 *Informales: nuevos rostros en la nueva Lima*. Lima: Cedep.
- Golte, Jürgen et al.  
1987 *Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas de la conquista de la Gran Lima*. Lima: IEP.
- Lomnitz, Larissa  
1987 *Como viven los marginales*. 9ª ed. México: Siglo XXI.
- Márquez B., Francisca  
1993 "Artesanos en Latinoamérica: Esbozos para pensar un destino". *Doc. de Trabajo SUR* 138. Santiago.
- Martínez, Javier & Arturo León  
1987 *Clases y clasificaciones sociales*. Santiago: SUR.
- Martínez, Javier & Eugenio Tironi  
1985 *Las clases sociales en Chile: 1970-1980*. Santiago: SUR.
- Prealc  
1980 "Los trabajadores por cuenta propia en Santiago". *Doc. de Trabajo Prealc* 184. Santiago.
- Pérez, Ernestina et al.  
1993 "Diagnóstico socioeconómico de la fuerza de trabajo del sector de la microempresa y evaluación del impacto de políticas de apoyo crediticio". Santiago: PET.
- Ramírez, Apolonia  
1988 "Renacer en Conchalí: Sindicato de trabajadores independientes". Santiago: PET.
- Razeto, Luis  
1993 "De la economía popular a la economía de solidaridad en un proyecto de desarrollo alternativo". Santiago: PET.
- Schkolnik, Mariana  
1989 "Realidad y perspectivas del sector informal en Chile". *Doc. de Trabajo PET* 64. Santiago.
- Tironi, Eugenio  
1987 "¿Ruptura o participación? La protesta de los marginales". *Nueva Sociedad* 90 (Julio-Agosto), pp. 147-58.
- Teitelboim, Berta  
"Tercera encuesta de empleo en el Gran Santiago: Empleo informal, desempleo y pobreza". *Doc. de Trabajo PET* 89. Santiago.
- Urmeneta, Roberto  
1988 "Sector informal y estrategia de subsistencia". Bélgica: UCL-IDVLP.
- Velásquez, Mario  
1987 "Sindicatos territoriales de trabajadores independientes: la experiencia de la Confederación Solidaridad y trabajo". *Doc. de Trabajo PET*. Santiago.